

crea, y reirse». San Juan de la Cruz decidió poner término a aquella prisión que el padre Maldonado prolongaba cruelmente. Y una noche, con resolución y valentía, hizo realidad el plan que en largas horas de angustia había concebido. Fray Juan de Santa María, su carcelero, dormía confiado a la puerta de la celda. Hizo una cuerda con tiras de dos miserables mantas, y logró descolgarse por la ventana. Llevaba consigo un cuaderno en que había escrito, para recreo de su espíritu, las sublimes estrofas de su «Cántico Espiritual», obra maestra de nuestra literatura poética.

En la alta noche, dando rodeos desde el Carmen para esquivar las rondas de corchetes y de pan y huevo, llegó, escuálido y harapiento, al convento de las Carmelitas, el del Torno de las Carretas, junto a la capilla de San José. Y al día siguiente, las madres le

pusieron en contacto con el canónigo don Pedro González de Mendoza, que ocultó en su casa y logró poner a salvo a fray Juan de las iras del prior del Carmen calzado, «el terriblemente célebre fray Fernando Maldonado», como le llamaba el historiador La Fuente.

Con este doloroso suceso de su vida, recordemos a San Juan de la Cruz con ocasión de la Fiesta toledana de la Poesía. Le recuerdan perennemente, allá en el paseo del Carmen, sobre Alcántara, los cimientos del convento de carmelitas calzados, que incendiaron en el pasado siglo los franceses. El rumor del río que llega hasta esa explanada de Toledo es el mismo que oyó durante largos meses de cruel cautiverio el gran místico carmelita, gloria de la Iglesia y de las Letras españolas.

A. GÓMEZ CAMARERO

A San Juan de la Cruz en su humilde soledad

Dedicado a la Excm. Sra. Condesa de Espoz y Mina.

¡Oh dulce estremecimiento!
 Todo en silencio se queda...;
 prendió la llama de amor
 que con el alma se enhebra.
 Es llama de amor tan viva
 que nace de tus adentros;
 es ilusión presentida,
 es tristeza... ¡y es contento!
 Teresa y tú, sostenidos
 por un afán de ternura;
 vuestra oración: son latidos,
 vuestra fuerza: la dulzura.
 ¡Qué coloquios con el alma!
 ¡Qué perfumes de poesía!
 ¿Qué dulce afán el que os guía,
 qué fuego es el que os tortura?
 El camino del Carmelo,
 es un camino de amor.
 ¿Y qué es amor sin dolor,
 y qué es dolor sin anhelos?
 Por el Amado el silencio
 de tanto como se hablara;
 que hay palabras sin sonidos
 vivas, calientes de lágrimas.
 Para el amor no hay torturas,
 no hay penas ni calabozos,
 porque la misma amargura
 se hace Luz para los ojos.
 Como un rayo de luz se va tejiendo
 en el rincón de un dulce pensamiento,
 y hay flores y gorjeos que pululan
 en el anhelo gris sin firmamento.
 ¡Qué cárcel de hermosura!
 Todo lleva un puro sentimiento...,
 una pasión se anuda
 ¡y hay gérmenes de sueños en el viento!

EDUARDA MORO LINARES

Noviembre de 1955.

Juan de la Cruz

Al más alto huésped de la Luz.

¡Cruz, Cruz...! ¿Y no fué Cruz también tu enorme poesía?
 ¡Cruz del poeta, imponderable Cruz de la Maravilla!
 ¡Cruz solitaria de incomprensión! ¡Tensión de vuelo
 con los pies en el polvo todavía!

¡Cruz que se sufre en sangre y en éxtasis! ¡Herida
 donde fluye el relámpago! ¿Las alas doloridas
 de infinito, de espacio eterno, prietas en la curva sumisa
 de las espaldas, no fueron también la Cruz? ¡Rendía
 tu paso, en vivo peso, tanta pluma divina!

¡Pero, Padre, tuviste la huída
 de la Llama! ¡Oh libertad de amor! ¡Por ella, la Hermosura
 tú la supiste viva!

¡Se le entregó a tu canto la Plenitud Magnífica!
 Mas, ¡oh Cruz, Cruz del alma
 arcángelicamente templada y exquisita
 para el Prodigio!

¡Y no cabía
 la tierna Eternidad en la lengua finísima...!
 ¡Y se quebraba el verso en la Sombra divina...!
 ¡Y maceraste al mundo!
 ¡Y era su voz ambigua!
 ¡Y nada te decía!

¡Tú nos dejaste estelas de vuelos imposibles...,
 constelaciones rotas como huellas sumisas...
 y te fuiste temblando con la Cruz en el alma
 donde el silencio es Canto
 de tu Cruz redimida!

P. JUAN ALBERTO DE LOS CÁRMENES